

El arte y la ciencia de pensar (3 de 5)

Pensar de verdad, con hondura y honestidad, nunca ha sido cómodo. Requiere detenerse cuando todo empuja a seguir, hacerse preguntas cuando se esperan respuestas, poner en duda lo que otros dan por hecho. Pensar ha sido siempre, es y seguirá siendo, en muchos sentidos, un acto de valentía.

No lo digo en tono épico. No me refiero solo a personas que en la Historia han tenido el coraje de desafiar imperios o ideologías. Hablo de la valentía cotidiana: la de quien, en una reunión, se atreve a hacer la pregunta incómoda; la de quien, ante un PowerPoint impecable, plantea una pregunta no esperada; la de quien, en un comité, admite que aún no ha entendido del todo, pero quiere hacerlo. A quien en la adolescencia desafía a quienes saben ya todo, y a quien en su madurez desafía a quienes quieren reinventarlo todo.

Vivimos tiempos que premian la agilidad, la alineación, la ejecución. Y eso está bien, en parte. Pero cuando el pensamiento propio se convierte en rareza, cuando el matiz se interpreta como amenaza, cuando la pausa se castiga como lentitud... algo se rompe.

Pensar, en esos contextos, exige coraje. Porque implica asumir el riesgo de no encajar del todo, de no ir al ritmo, de no complacer. Pero también porque pensar bien nos enfrenta a lo más difícil: a nosotros mismos. A nuestras dudas e inseguridades, a nuestras contradicciones, a nuestras ideas heredadas. A veces, la verdadera valentía no está en desafiar a otras personas, sino en atreverse a revisar nuestras propias certezas.

Antígona lo sabía. Su acto no fue impulsivo: fue profundamente reflexivo. Supo que el deber moral podía estar por encima del mandato político. Pensó por sí misma, y actuó en consecuencia. Y eso la convirtió en peligrosa. Porque quien piensa con autonomía siempre resulta incómodo para el poder.

Lo advirtió también Hannah Arendt al hablar de la “banalidad del mal”: cuando dejamos de pensar por nosotros mismos, cuando obedecemos sin cuestionar, el mal se vuelve rutinario. No hace falta odio, basta con la ausencia de juicio.

Habréis visto esto también en las organizaciones. No con consecuencias trágicas, pero sí con efectos que duelen: equipos donde nadie se atreve a discrepar, donde la estrategia se replica sin revisarse, donde las decisiones se justifican con argumentos que nadie se atreve a mirar dos veces.

Y, sin embargo, también he conocido lugares donde pensar es un valor. Donde cuestionar es un acto de compromiso, no de deslealtad. Donde se protege a quien plantea otra mirada. Donde se escucha a quien piensa despacio. En esas organizaciones, el pensamiento no es un lujo: es una necesidad operativa. Porque solo quien piensa puede anticiparse, corregirse, innovar.

También he aprendido, con los años, que pensar bien exige algo más que coraje: exige humildad. Porque quien piensa de verdad sabe que puede estar equivocado. Que toda certeza es provisional. Que nuestras ideas, como nosotros mismos, siempre estamos en construcción. No se trata de ser infalible, sino de estar dispuesto a evolucionar. El pensamiento es un proceso, no un pedestal.

Me ilusiona ver esta valentía del pensamiento en personas jóvenes, a menudo incomprendidas. Su forma de mirar el mundo es distinta, a veces desconcertante para quienes crecimos con otras certezas. Pero esa diferencia no es amenaza: es oportunidad. Pensar juntos, con generaciones que ven el mundo desde otros ángulos, exige respeto mutuo y generosidad intelectual.

A menudo se lo ponemos difícil: les pedimos que se adapten a estructuras que no diseñaron, que acepten códigos que ya no entienden, que piensen “como se ha pensado siempre”. Pero necesitan ser valientes para sostener una mirada nueva. Y quienes peinamos canas también, para seguir defendiendo, con firmeza y sin nostalgia, aquello que sigue siendo importante. Porque el pensamiento honesto a veces consiste en conservar lo esencial cuando todo alrededor cambia.

Hoy, cuando la polarización nos empuja a tomar partido antes de comprender, pensar con valentía es también negarse a gritar con los bandos. Es elegir, como en la biblioteca de Guillermo de Baskerville, seguir buscando la verdad. Aunque incomode. Aunque duela. Aunque a veces nos obligue a corregirnos.

Pensar es un acto de valentía, es un acto de humildad.